

La información y el olvido

Gabriel Alba G.*

Alguna vez en una charla con Sábato, Borges confesaba que nunca leía los diarios. "Nadie piensa que deba recordarse lo que está escrito en un diario", decía. "Un diario se escribe para ser olvidado, deliberadamente para el olvido (1).

Cortázar reconoce la estrategia de olvido y adiciona la de **efecto sedante**: ve cómo en el momento en que las informaciones se multiplican sobre la posible invasión de Estados Unidos a Nicaragua, los espectadores europeos se mantienen más 'sordos' y más indiferentes que nunca. "A esa hora", escribe, "en la que cualquier lector o telespectador recibe el máximo de información sobre lo que sucede en ese lejano país, la indiferencia y la pasividad se hacen sentir más que nunca, como si la gente no tuviera idea de lo que sucede" (2).

El hombre medio pliega el diario y decide olvidarse de lo que sucede. Diría inclusive que es inducido al olvido porque otras informaciones, otras trivialidades, harán que olvide lo que acaba de leer. El hombre medio soluciona con el diario y la televisión su angustiada necesidad de olvido. Alimenta su superstición como diría Eudoro Acevedo; nuestro representante ante el siglo XXIII en

* Comunicador Social. Actualmente es Coordinador del Programa de Investigación de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Javeriana y profesor de Metodología de la Investigación I y de Teorías de la Comunicación II en la misma Facultad.

1. Jorge Luis Borges y Ernesto Sábato. **Diálogos**. Orlando Barone (Comp). Buenos Aires, 1976, p. 14.
2. Julio Cortázar, "Nicaragua: el fast food de las noticias", en **Nicaragua tan Violentamente Dulce**. Barcelona, 1984, p.116.

“Utopía de un hombre que está cansado”: “en mi curioso ayer prevalecía la superstición de que entre cada tarde y cada mañana ocurren cosas que es una vergüenza ignorar.” (3). Ante la presión de esta vergüenza conoce con precisión los más ínfimos detalles sobre el último congreso de pedagogos o la inminente ruptura de relaciones y los mensajes que los presidentes mandan elaboradas por el secretario del secretario, pero desconoce el origen de las naciones, de las cosas, de la vida. El hombre medio parece no distinguir demasiado entre un noticiero y una película de ficción, o prefiere esta última por ser más realista, porque lo hace más rico ante su pobreza de experiencia.

Walter Benjamin reflexionó largamente sobre la pobreza de la experiencia del hombre moderno. En “Experiencia y Pobreza”, señaló que los hombres regresaban de una de las experiencias más atroces de la historia universal, la guerra, mudos. No enriquecidos sino más pobres en experiencias comunicables. “Debemos tener por honroso confesar nuestra pobreza”, escribe. “Sí, confesémoslo: la pobreza de nuestra experiencia no es solo pobre en experiencias privadas, sino de la humanidad en general. Se trata de una especie de nueva barbarie” (4). Una forma positiva de entender la barbarie que lleva al hombre a construir desde el principio. “El hombre vive ahora en casas de vidrio: desplazables, móviles. No en vano el vidrio es un material duro y liso en el que nada se mantiene firme. También es frío y sobrio. Las cosas de vidrio no tienen “aura”. El vidrio es el enemigo número uno del misterio” (5).

Si aceptamos que habitamos en una “cultura de vidrio” —como la ciudad que soñó José Arcadio Buendía, con paredes de espejo... de espejismo— debemos aceptar que es difícil dejar nuestras huellas en ella. Pobreza de la experiencia: “no hay que entenderla como si los hombres añorasen una experiencia nueva. No; añoran liberarse de las experiencias, añoran un mundo entorno al que puedan hacer que su pobreza, la externa y por último también la interna, cobre vigencia tan clara, tan limpiamente que salga de ella algo decoroso” (6): la información.

Pero Benjamin va más allá en “El Narrador”. Denuncia que uno de los factores que con mayor firmeza ha colaborado con la pérdida de la experiencia, y por lo tanto de la narración, es la información. “La información”, dice, “pretende ser verificada de inmediato, aparece como una cosa comprensible de suyo (...) para la información es inevitable aparecer como plausible” (7). Sustituye la experien-

-
3. Jorge Luis Borges, “Utopía de un hombre que está cansado” en *El Libro de Arena*. Barcelona, 1985, p. 161.
 4. Walter Benjamin, “Experiencia y Pobreza” en *Discursos Interrumpidos*. Madrid, 1982, p. xx.
 5. *Ibid.*
 6. *Ibid.*
 7. Walter Benjamin, “El Narrador” en *Sobre el Programa de la Filosofía Futura y Otros Ensayos*. Madrid, 1962, p. 194.

cia, no la surte. Cada mañana se nos informa sobre las novedades de toda la tierra. Y sin embargo somos notablemente pobres en historias extraordinarias. Ello proviene de que ya no se nos distribuye ninguna novedad sin acompañarla con explicaciones. Todo viene ya destilado de sentido, dotado de comentario, imbuido de razón.

Una suerte de explicación de todo esto (aunque sería más justo decir, el testimonio de una experiencia sensible), puede encontrarse en "Crítica de la información pura" que Xavier Rubert de Ventos hace en su obra *De la Modernidad* de 1980. Lo interesante del trabajo de Rubert de Ventos es la justicia con que une discurso y temática. No cae en la trampa de un discurso 'crítico', que censura y condena. Denuncia desde lo sensible, no desde la razón. Lo hace con el cuerpo y no con el intelecto. Y es lo más valioso porque Rubert de Ventos expresa el imperativo moderno que ha sustituido la razón por el sentido. El es un hombre moderno. Vive, como nosotros, en una época en que la información no es una porción de las cosas sino la razón por las que todas ellas existen. En efecto, las cosas son en tanto "imagen" y "noticia" y se definen en relación con el flujo informativo. Volvamos una vez más a Eudoro Acevedo: las imágenes y la letra impresa eran más reales que las cosas. Solo lo publicado era verdadero. *Esse est percipi* (ser es ser retratado) era el principio, el medio y el fin de nuestro singular concepto del mundo" (8).

Un 'acontecimiento' dentro de nuestra "cultura de vidrio" de no pasar por el flujo informativo no existirá. Pasar por el flujo informativo significa ser construido, dotado de significación, homogeneizado de acuerdo con una lógica de producción cultural: la de la noticia. Es decir, la del discurso unitario que responde a la necesidad de crear un **efecto**.

Para transmitir 'directamente' el sentido o valor promulgado del acontecimiento, la información no debe consistir ya en la transmisión de un *estímulo* sino en la construcción de un *efecto*. La 'puesta en forma' del acontecimiento constituye la elaboración de un *ritmo* ya no en sentido musical sino telegráfico: la extensión y dimensión de los hechos en función de su ablandamiento intelectual y su intensificación emocional. El lector descifra la señal de acuerdo con una clave común (como la clave Morse). La señal es más importante que el código.

Todo informador profesional sabe que la noticia debe ser más dramática que los hechos mismos, de manera que el lector no tenga que extraer más sentido que aquel promulgado, y no tenga su señal otra suerte que el olvido. Varios son los dispositivos de que se dispone para sustituir la comunicación de hechos por la inoculación de efectos programados. El primero es la técnica de **simulacro**. El simulacro es asimilado como la realidad debido a la torpeza de nuestros senti-

8. Borges, "Utopía de un hombre que está cansado". p. 162.

dos. Los productores de efectos conocen cómo captar nuestra atención con bastardillas, párrafos de entrada de no más de once palabras y con imágenes 'dulces'. Disponen homogeneizados los temas —guerras, deportes, modas, política, arte-, homogeneizando de igual manera la 'recepción'.

El discurso informativo supone la creación de lo que Miquel Rodrigo llama un "mundo posible". En la construcción de la noticia intervienen tres mundos: el mundo "real", el mundo de "referencia" y el mundo "posible". El mundo "real", el más difícil de definir, podemos pensarlo como una construcción cultural. El mundo de "referencia" es aquel en el que se puede **encuadrar** el mundo "real" para que sea asimilado por el espectador. El mundo "posible", es el que construye el periodista teniendo en cuenta los dos mundos anteriores. En el mundo "real" se produce la **verificación**, en el mundo de "referencia" se determina la **verosimilitud** y en el mundo "posible" se desarrolla la **veridicción**. "El enunciadador debe hacer parecer verdad el mundo posible que construye. Para ello se vale de las marcas de veridicción que permite crear una ilusión referencial que es la condición necesaria para la virtualidad del discurso" (9).

¿A dónde hemos llegado? Al mundo de la ilusión: de los espejos... del espejismo. ¿Cómo distinguir entre un noticiero y una película de ficción? ¿Entre la droga y el discurso unitario? ¿No produce esto una especie de entropía universal? Que sea Borges quien cierre la esfera:

"Entonces ocurrió la revelación. Marino vio la rosa (...) y sintió que ella estaba en su eternidad y no en sus palabras, y que podemos mencionar o aludir pero no expresar, y que los altos y soberbios volúmenes que formaban en un ángulo de la sala una penumbra de oro no eran (como su vanidad soñó) un espejo del mundo, sino una cosa más agregada al mundo".